

ma con tres supresiones y una inversión de palabras. He aquí *A Paloma*, a quien le evitaremos, a sus tres años textuales, el tener que indagar por el significado de tales calificativos:

*Atravesé
los espasmos
del amor
y las bocas
del placer
y las servidumbres
que ambos imponen
para arribar a este reino
donde
la emperatriz de la risa
dicta sus decretos
(en idioma de tres años)
e impone,
sin condiciones,
la rendición absoluta.*
[págs. 60-61]

Estoy seguro que William Carlos Williams estaría orgulloso. Y Cobo Borda, feliz (no le queda otra: su poema es bueno). Esta es la felicidad que algunos lectores, me pongo en primera fila, seguiremos esperando de esta poesía.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Cf. *El hombre invisible*, en Pablo Neruda, *Odas elementales*, Jaime Concha (edic.), Madrid, Ediciones Cátedra, 10.^a ed., 2003, págs. 59-65.
2. Hay dos ediciones: *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (Buenos Aires, El Imaginero, 1983), con 49 poemas; *Todos los poetas son santos* (México, Fondo de Cultura Económica, 1987), con 38 poemas. Sobre la primera publicación, cf. Edgar O'Hara, "Los poetas que se salvan del infierno", página editorial de El Observador [Lima], 8 de mayo de 1984.
3. Nota sobre autocomplacencia... Véase para el caso el poemita titulado *A José Emilio Pacheco en Caracas*. Ese tufillo a *jet set* ha dañado, al menos para mí, la reputación de Cobo Borda. Y si en lugar del poeta mexicano apareciera un pedestre "amigo" del autor, ¿qué? El poema se devaluaría, ¿sí o no?
4. Algún lector se me adelanta: ¿por qué no dijo usted estas cosas a su debido tiempo? Y la respuesta (tomo la prisa por testigo) es que las dije y por escrito. En mayo de 1988 dejé en Bogotá,

con dos jóvenes poetas amigos, para una revista de inminente aparición, un artículo inédito: "De enmascarados y santones", quince cuartillas, sobre Harold Alvarado Tenorio y J. G. Cobo Borda. Pero según la usanza en nuestros países, la revista feneció antes de su propia inminencia. La otra nota, "Pan y vino a Marcelino (y riase la gente)", sobre *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos* (1991), once cuartillas en una vieja Olivetti a espacio y medio, la envié al Boletín Cultural y Bibliográfico en julio de 1992. Se habrá traspapelado por ahí. La segunda oración de esta nota que nunca vio la luz dice lo siguiente: "Desde aquella época tan maravillosa (y ahora remotísima) que fueron los años setenta, Cobo Borda se ganó otro lector entusiasta pero no incondicional". Sigo siendo fiel a este principio y paso a declarar mi admiración por la voracidad literaria de Cobo Borda y su labor ensayística.



5. En el penúltimo párrafo (refiriéndose al "poeta sin antecedentes en nuestra frondosa tradición literaria", pág. 68) Álvaro Mutis señala: "[...] que tal cosa ocurra en la Colombia de nuestros días es un milagro hermoso y triste del que yo no acabo de reponerme [...]" (pág. 68). Los días de esa actualidad no son, sospecho de lejos, la actualidad de nuestros días. A estos libros hay que añadir una compilación de artículos sobre artes y letras de Colombia e Hispanoamérica, así como reflexiones desde la propia escritura y también un grupo de poemas: *La alegría de leer* (1976). Este volumen constituye en sí mismo una felicidad y resulta (amén de excelente cómplice bibliográfico) el interlocutor explícito de *Consejos para sobrevivir* (1974). Recuerdo (¡como si fuera ayer!) la emoción que me inspiraron sus textos y la forma tan divertida en que, en uno de ellos, Cobo Borda *borda* esa camisa de once varas que es meterse en una traducción literaria. Acto seguido, desmenuza con jocosidad la versión que de las cartas de Dylan Thomas hiciera Piri Lugones para Ediciones de la Flor (Buenos Aires). En esta versión de lo-

cura el lírico de Swansea pasa, por arte de birlibirloque, a escribir como un porteo de la desembocadura del río.

6. Cf. "Cobo Borda: búsqueda y desdén de la poesía", Correo [Lima], página editorial, 8 de noviembre de 1975; "Salón de té", *Desde Melibea* (Lima, Editorial Ruray, 1980), págs. 142-145. No mucho después vería la luz *Roncando al sol como una foca en las Galápagos* (1982), que tiene la dudosa virtud de ser una variación de un título (y no hablemos del contenido) muy ingenioso de Antonio Cisneros: *Como higuera en un campo de golf* (1972). Al respecto, el comienzo de mi reseña: "Con *Salón de té* (1979), Cobo Borda quedaba frente a una disyuntiva: renovar sus bases poéticas o guardar silencio hasta que ocurriese algún imprevisto en su vida, que a la larga determina el trasfondo de toda poesía. Sin embargo —y me causa extrañeza— el poeta optó por una tercera vía: la repetición". Cf. Plural [México], núm. 135, diciembre de 1982, incluida luego en *Cuerpo de reseñas* (Lima, Ediciones del Azahar, 1984), págs. 85-87.
7. Aquí también Silva es piedra de toque, pero este acercamiento a la lengua cotidiana, como exploración de una poética que comenzara a serrucharle el piso al esteticismo modernista, correrá a cargo del Tuerto López y Ramón López Velarde.



Simpatizantes en lo insólito

Testamentos

Juan Manuel Roca
Grupo Editorial Norma,
Colección La otra orilla, Bogotá, 2008,
123 págs.

Como las polillas se nutren de tejidos, la poesía de Juan Manuel Roca se alimenta de literatura y artes plásticas, biografías soñadas o históricas, anécdotas de autores, libros de política, hazañas que pululan en otras tantas páginas y que al resto de mortales no se les ocurre darles pelota. Entonces el poeta paisa no pierde ocasión y, sacando su varita mágica, transforma un material casi árido en un sabroso licuado de frutas y verduras. *Testamentos* lo confirma. Con lo más pedestre consigue un origami

verbal: “Dejo / un puñado / De versos, / Monedas irreales / Que circulan mejor / En otro mundo” (*Testamento del autor*, pág. 121). Poeta prestidigitador, según la clasificación de Walter Muschg, cuando se le va la mano (o la muestra con orgullo, en demasía), son notorios los hilos del tinglado. Es lo que pasa con *Museo de los políticos*, donde la máscara, de tan obvia, acaba desmascarándose y poco es el residuo: “[...] muestrario de máscaras. Beatíficas, tolerantes, benévolas, reflexivas máscaras de diversos materiales, de técnicas mixtas. [...] Con qué delicadeza lavan sus máscaras antes de lavarse la cara” (pág. 43). Acorde-mos que hablar de máscaras en política —sea la que fuere— es igual a adquirir conciencia del poder omnívoro de los dictadores y después confiar en que el auditorio celebre este descubrimiento como una ocurrencia¹. Ahora hagamos la salvedad: el texto de Roca, en prosa, es muy suyo, y ya quisiera cualquier aspirante a poeta apuntarse con este supuesto desliz. Pero vale la pena mencionarlo porque equivale a una canita al aire en medio de una cabellera rebosante, que se dice, de brillo natural. Me llama la atención, en el buenísimo sentido, el que Roca se haya embarcado, con el agua y sus ciegos primordiales, en una aventura en la que el *twist* (más *pritti* que la palabra giro, como bien constató José Bianco al traducir a Henry James, y que los interesados se esmeren y que por una vez el Santo Grial Google no acierte ni de vainas) consiste en acomodados de inteligencia y sensibilidad. Dígalo, si no, *Sueño con ángeles*:

Por el sueño navega un barco cargado de ángeles. Vienen en cajas de madera, en guacales de tablo- nes salvados de un naufragio [...] La nave se afantasma en la niebla apagando sus luces y sus voces. Y la tripulación empieza a impacientarse, empieza a impacientarse... [pág. 53]

Este texto, tan inocente y angélico, me recuerda de inmediato un cuen-

to de Pepe Durand de los años cincuenta y recogido mucho después en su magnífico *Desvariante*. Se titula *Travesía* y es la minihistoria de un barco que transporta veinticinco mil canarios que, en un *twist* del llamado género fantástico (no revelaré el dato), se transforman de súbito en veinticinco mil gatos².



Ya es hora de que Roca reúna todos sus poemas, si es que no lo ha hecho ya (mi religión, que es muy rigurosa, me impide entrar en la Internet y acaso no se me ha dado tal revelación), porque de este modo los lectores podremos disfrutar sus malabares en un solo envión y de paso apreciar cómo se manifiesta el límite en lenguaje tan personal. Darío escribió *Los raros* para dejar involuntaria constancia de que conocía a varios poetas franceses de la otredad, pero la poética del nicargüense debía seguir, fiel a sí misma, un camino distinto. En *Testamentos*, Juan Manuel Roca les renueva la vida a sus personajes predilectos (en poesía esta resurrección se llama lectura) y de tales infusiones (que Isaac Bashevis Singer, que creía en la resurrección de los lectores de yidis, aprobaría a ojos cerrados) somos los beneficiarios. Son poemas, en verso y en prosa, hechos de telas finas y remiendos, colchas de retazos, vidas que ante nuestro asombro devienen otras vidas, destinos que alguien interrumpe sin dar razón, imágenes pictóricas (enciclopedia de anécdotas) que se “traspapelan” con imágenes de otras artes (generalmente episodios soñados). Los nombres de los artistas evocan siempre, de una manera directa o por carambola, el título de un cuadro, el título de una

novela, los argumentos y personajes, pongamos por caso, hurtados al gran hurtador que fue Shakespeare:

Hay un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección, un azaroso bodegón que envidiaría Duchamp, obra de un conde fraudulento. Hay un salón circular diseñado por un alumno de Dante donde los poetas leen sus versos, eternamente. Alguien sostiene que en el verdadero infierno Borges debe escuchar por siempre los versos de Neruda y el diablo traducir ad infinitum los poemas juveniles de Dios [...] [pág. 39]

Roca consigue una simpatía entre los textos, a veces a costa de lo fantástico y a veces a costa de la realidad. ¿Pero no serán hermano y hermana? La simbiosis es la alquimia deseada:

¿Qué cosía mi madre? Linos, trajes de pana, camisas de holanda o la pequeña planicie de un mantel. Un día me regaló una capa de raso con la que hice de mago en los pequeños tinglados del barrio y de la casa. [...] Tenía una torre de revistas de moda con mujeres que me parecían de otra parte, más aéreas que las muchachas del vecindario. Creo que la máquina se llamaba Singer porque cantaba cuando mi madre ponía su pie y su ritmo encima del pedal. [págs. 29-30]

Un poema en verso nos guiará en una cacería del viento, imagen de la inspiración (o procreación de las yeguas, según autorizan la colina griega y la brisa crepuscular). Es el *Testamento de Buenaventura Durruti*, el anarquista español que murió en la Guerra Civil: “Sobre / Las / Cabezas / De quienes construyen / Con la misma madera / Toneles y cadalsos, / Propongo el viento. / El / Viento, anterior / A la bandera” (pág. 113). Mejor homenaje, imposible. Y así volverá a nosotros tal susurro³. Es el aire reconocido en el pasar de las palabras, pero sobre

todo en la constitución de unos cuantos sonidos que se postulan como principio de realidad: “Las lluvias afilan en ellas su cincel, tallan vacíos en los talleres del viento” (*Museo de los trabajos del río*, pág. 35); “Como lleva en andas una tinaja rota, escucha el tiempo que gotea, el desban-de del viento que huye de sí mismo” (*Una noche con Sherezada*, pág. 57). Y más versos han de flamear en pos de una palabra:

*Los murmullos de Comala
Que es la patria del viento...*
[*Testamento de Pedro Páramo*,
pág. 67]

*La ventisca
Cruzaba con su largo traje de
[novia.
[*Testamento de Lope de
Aguirre*, pág. 73]*

*El viento
Vale más que una ristra de
[sestercios.
[*Testamento de Espartaco*,
pág. 105]*

Ristra de monedas romanas, de plata o de bronce. Ristra de cebollas o ajos. ¿O será la ristra de teclas del piano de Bill Evans en *Canción de amor* del esclavo que se atrevió y por poco logra el desbarajuste en Roma? La poesía de Roca tiene uñas (Sherezada cumple aquí con la metamorfosis) que ventilan los sueños o los rasgan para así mejor coserlos a la realidad.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. No sucede lo mismo con *Del partido de Nadie*, que tiene un eslogan especial que dice así: “Todos prometen, / Nadie cumple. / Vote por Nadie” (pág. 31). No hay pierde.
2. Cf. José Durand, *Desvariante*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 50-56.
3. El aire es también conspirador (huerto de la literatura) en este sentido: “[...] traer rosas del jardín de Nadie es una clara expresión para hablar del comercio del aire. ‘¿Ven aquel marco florentino que permanece vacío?’ pregunta

con aires ausentes una guía de aires renacentistas [...]” (pág. 33); “Tiene un jardín donde las rosas dejan en el aire el olor de su ausencia” (pág. 41); “Ninguno dice adiós con un pañuelo al aire [...]” (pág. 51); “[...] soplando en el jardín para que la pluma siga en el aire cada noche. [...] Si Sherezada fuera pájaro, ¿qué pájaro sería? Temblor de aire” (pág. 55).



El paisaje reservado

Antología poética 1978-2003

Víctor Gaviria

Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2006, 177 págs.

Esta nutrida antología de la obra en verso de Víctor Gaviria (no puedo dar fe de su producción en prosa, aunque sí destacar su labor cinematográfica) me permite acceder a los textos de su primer libro, de título tan hermoso: *Con los que viajo sueño* (1978). El hipérbaton es sugerente: la voz sueña con un sujeto plural, la voz y esa compañía plural sueñan en conjunto. Y bien, casi diez años después publica otro libro de título también hermoso: *Lo que digo se refleja en el agua* (1987). ¿Cómo así una astucia verbal pudo transformarse en *El rey de los espantos* (1992), *Los días del olvidadizo* (1998) y *La mañana del tiempo* (2003)? La culpa no la puede tener la vocación cinemera porque Pier Paolo Pasolini, para poner un ejemplo grato, cultivó el verso desde la tradición popular y esto quiere decir sencillamente que en esa vena, en contra de las suposiciones apresuradas, hay que contar sílabas y lanzar flechas envenenadas de imaginación¹.

Los primeros poemas de Gaviria muestran, pues, su deleite por la narración. Pero son textos que se mantienen a este lado de la poesía y no caen en el facilismo de la divagación testimonial. En los años setenta, en el Perú, pasaba por poesía lo que no siempre lo era, más allá de una efusión sociológica y confesional en frases cortadas con tosca tijera (o

machete cubano, chico). Esta inclinación, me consta, ha ido invadiendo las páginas de Gaviria². Enredadera peligrosísima, porque a veces la lectura no arroja ni poemas ni cuentos: maraña de voces. Y ni qué decir de la truculencia que también a veces cae como llovizna que a Isabel, de tanto verla llover, la deprimiría. Esta antología muestra que el poeta ha sido fiel a estas premisas, cree en ellas, insiste a pie militante. Me saco el sombrero y paso a mi lectura de sus primeros poemas. Y el primerísimo (*Los hijos*) parecería una declaración artística que establece la diferencia entre las costumbres rurales (brujas, cuchicheos, rosarios y “manos invisibles” que palpitan en las tapias) y el ahora ciudadano: “nosotros los hijos en la luz / avenidas abiertas buses / hacinados nosotros / también un peso sobre el aire” (pág. 9). No es todo. El poema se orienta hacia la subversión de los valores (“Nos mandan / voces interiores El Orden”, pág. 10) y la expectativa que este deseo fomenta. Y se extiende hasta el poema *Epitafio*, siempre en ese borde o límite con el “obvio deber” sostenido a medias: “Y ninguna de estas cosas tiene Premio / o Castigo / ninguna de estas cosas tiene peso o color” (pág. 31). ¿Se llamarán, entonces, conciencia dilatada? El yo protagonista siente, de manera repetida, ese llamado:



*Todo se ve a través de una
[ventana profundamente infantil
[Amedrentado y discreto,
pág. 12]*